



EPISODIOS DE LA VIDA NACIONAL

LLAMADAS ANONIMAS

Trabajan en una agencia de Aduanas de la capital y se aburrían soberanamente. El trabajo era más bien escaso y los empleados administrativos del «Departamento de extranjero» se las ingeniaban para matar el tiempo. La lectura asidua y exhaustiva de la prensa hizo que uno de ellos propusiera llevar a cabo una divertida broma. Pidieron línea a la telefonista y utilizando el prefijo conveniente llamaron directamente a Londres, al Teatro Covent Garden. «Hay una bomba», advirtió el especialista de inglés. Al cabo de unos días, leyeron

la crónica en un diario español, enviada por el corresponsal en la capital británica, que hablaba de una alarma infundada en el teatro en cuestión. Animados por el éxito, repitieron la operación en el Teatro de la Opera de París y la Scala de Milán. La broma resultaba apasionante, dadas las repercusiones periodísticas, y pensaban que sería difícilísimo que las llamadas pudieran ser controladas. Un día se les ocurrió llamar al Liceo de Barcelona. Al cabo de unos minutos fueron detenidos todos ellos en la misma oficina.

«LA DISCRETA»

La mujer entró tímida- mente en la farmacia y aguardó su turno. La dependienta interrumpió la conversación que mantenía con dos señoras de aspecto distinguido para preguntarle lo que deseaba. «Anticonceptivos», dijo con voz queda. La dependienta cambiando una mirada de inteligencia con las dos señoras, preguntó: «¿Tiene usted receta médica?». La mujer, azorada, respondió negativamente. «Lo siento, señora, sin receta no puedo servirle... Se fue, huidiza, con seis ojos clavados en su es-

palda. Armada de valor penetró en la tienda indicada por su marido, una tienda muy discreta... «La Discreta», decía el rótulo precisamente. «Preservativos», dijo con voz trémula. El dependiente, amable, le mostró unos ingleses, de importación. La mujer, nerviosa, pidió una docena. Todavía el dependiente insistió más... «¿Con depósito o sin depósito?». La mujer no entendió la cuestión, pero pensando que serían más económicos, contestó: «Sin depósito».

EL MUERTO

El hombre había caído atravesado a las vías del «metro» y muerto en el acto, porque un convoy, segundos después, pasó sobre su cuerpo y lo destrozó, ante el horror de los pasajeros que permanecían en el andén. El cuerpo sin vida fue cubierto con una manta, en espera de los trámites oportunos. Se reanudó la circulación y los convoyes pasaban por encima del cadáver. Era domingo y había escasa concurrencia.

Tardaba en llegar el juez, o quizá no le dieron el aviso. El hecho es que todos se fueron olvidando del incidente. Luego, el paso veloz de los vagones terminó por desplazar al cadáver o de lo que quedaba de él. Un convoy se llevó una pierna, otro un brazo... Al cabo de unos días no quedaba ni la manta, roída por enormes ratas cuando la circulación se interrumpía por la noche.

IBARROLA

